

María Cureses

Ciertas cenizas



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Ciertas cenizas
María Cureses

Primera edición: mayo de 2021

© María Cureses, 2021
© de la ilustración de la cubierta, Concha García

Edición © La Umbría y la Solana, 2021
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección abierta: Enrique Andrés Ruiz
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-122393-8-6
Depósito legal: M-6161-2021

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Su pasto y su reposo	9
Animales como yo	34
La peste	44
<i>Locus solus</i>	54
Guardianes	60
La venta	68
Ciertas cenizas	76
Antigua era la noche	83
Ojos	92
Gano yo	99
Punto de fuga	109
Espina todo el tiempo	117
Amores impares	124
Auge y caída de la ciudad de Mahagonny	136
Nely cantaba boleros	146

Su pasto y su reposo

I. Agila

Yo pensaba a menudo en quién habría construido la casa. No quién la había hecho construir, eso ya lo sabía, sino quien la había realmente hecho: acarreado el granito de las escaleras, colocado las tejas suaves de un color parecido al de los caramelos, la balaustrada de piedra, que se sombreaba de liquen amarillo justo donde debía...

Habría sido gente del pueblo, probablemente, la que se habría extasiado viendo la inmensidad de los suelos de tarima brillante, y las puertas de cuarterones con sobredorados. Serían los bisabuelos, o tatarabuelos, o más atrás quizá, de esta gente que ahora tiene tiendas, o talleres de coches, y que nos mira cuando llegamos de vacaciones como si nos conociera de toda la vida, y saben nuestros nombres, y los parentescos de unos y otros.

Desde el terrado de atrás, donde se tendía la ropa porque daba al sur, donde jugábamos corriendo entre las sábanas que ondeaban a golpes de viento con ruido de mesanas, se oían los gritos destemplados de las gaviotas durante el día y los aullidos de gatos en celo por la noche. Detrás, en la solana, los galgos dormitaban pegados a la pared, con los hocicos todavía húmedos de los despojos sangrientos que devoraban a la puerta de la cocina.

—¡No subirse al corredor! gritaba una criada.

Y nosotros fingíamos no oírla y seguíamos corriendo por las escaleras hasta el último piso, que tenía un olor a polvo, a alcanfor, a baúles de ropa antigua, cajas llenas de cuellos de camisas y pieles de zorro apolilladas que asustaban a mi hermana pequeña con sus ojos de cristal y una pinza bajo el hocico para prenderla en la cola.

—Habrá que pensar en algo, dijo mi abuela una tarde.

Y todo el mundo se calló, como si de todas las frases absurdas que pronunciaba al cabo del día, solo esa hubiera tenido la virtud de sorprenderles, de dejarles pensando ah, pues es verdad, habrá qué pensar en algo.

Mi abuela, que desde que yo tuve uso de razón se marchaba todas las noches de sábado al casino, y allí, sobre el verde de las mesas, con un revuelo de brillantes en sus dedos de momia, un agujero en cada mano, que decía mi padre, un perder y perder que levantaba los comentarios de toda la ciudad.

—No te haces idea, no tiene fondo

Unos compadecidos de su mala cabeza, otros, contando con los dedos las fincas embargadas, las caserías vendidas, las cosechas cobradas por adelantado a mitad de precio. Y la gente esperando el petardazo final, el día en que, definitivamente, todo se fuera al garete.

—Habrá que pensar en algo

Pero nadie pensaba en nada, porque no había nada que pensar, porque ella seguiría haciendo lo que le diese la gana, faltaría más, y a pesar de los comentarios de la gente, y de los reproches más o menos soterrados de hijos y de yernos (las nueras no contaban a estos efectos), mi abuela seguía arreglándose los sábados por la noche, poniéndose sus bri-

llantes y sus esmeraldas, y una máscara de pintura (párpados azules de iguana, colorete rosado de pepona, labios rojos de mujer fatal) y unos vestidos que colgaban desde tiempo inmemorial en la oscuridad de cedro del armario, ordenados en perchas de terciopelo negro

—un Lanvin auténtico, ya quisiera tu madre entrar en este traje, ni medio kilo más que cuando me lo hice mientras yo jugaba en el suelo, fascinado por la imagen múltiple de los espejos enfrentados que prolongaban la habitación hasta el infinito, mi cabeza de niño, que apenas llegaba a reflejarse, y la de mi abuela, mirándose de frente y de perfil, ensayando poses y sonrisas que le estiraban la pintura de los labios y le dejaban miles de arrugas al encogerse de nuevo.

—No se puede sonreír, llega una edad que no se puede... y se limpiaba cuidadosamente la boca, antes de pintársela de nuevo.

Cenábamos pronto, costumbre de mi abuelo, que siguió respetándose aún después, mucho después, de que él se fuera. De que se fuera después de un año encerrado en su habitación, de la que solo salía para dar un paseo a primera hora de la mañana y los domingos a misa,

—¿Te figuras? Como si no pasase nada... con el sombrero de castor, los zapatos lustrosos y la barba desafiante, bien arreglada. Un año encerrado para no ver a mi abuela, que no le dirigía la palabra, pero le enviaba recados continuamente a través de los demás,

—Dile a ese señor que cuándo piensa marcharse de mi casa

que ya habían pasado por todas las fases imaginables: pasarle los mensajes, negarse, discutir con mi abuela, todo

inútil. Ella quería que se marchase desde el día en que descubrió que la engañaba con una pelifustrana y supuso que le sacaba el dinero.

Mi padre y sus hermanos trataron de reconciliarles; todo inútil, era no conocerles. Recordarles su edad, fue lo peor que pudo ocurrírseles porque los dos se dieron cuenta de que les quedaba mucho por hacer y poco tiempo para hacerlo, así que mi abuela decidió que se divorciaría de inmediato, para ponerle en la calle y curarse el amor propio viéndole recoger sus zapatos ingleses y sus corbatas de seda y salir sin saber a dónde iría. Ya un día ordenó poner sus maletas en el vestíbulo, pero mi abuelo no se dio por enterado: pasaba al lado sin verlas, las rodeaba, como si fuesen columnas del edificio, y seguía rumbo al comedor, con desenvoltura de huésped habitual. Allí estuvieron dos semanas, hasta que una criada decidió retirarlas porque había que encerar el suelo.

—Dile a ese señor que cuándo piensa irse de mi casa

Así que, cuando se fue finalmente, no puede decirse que nadie le extrañase, porque desde un año atrás era una especie de fantasma vestido de maniquí que entraba y salía a sus horas sin que nadie le preguntase nada. Y todos sintieron el alivio de no tener que comer en una mesa en la que los dos extremos se bombardeaban, sin piedad ni puntería, arrasando todo lo que se pusiera por medio. Pero seguimos cenando a las ocho y media, como cuando él estaba en casa y la campanada de la media en el reloj coincidía con el ruido de la puerta de su habitación abriéndole paso hacia el comedor. Los niños, sentados en silencio, mirábamos la comida para ver aparecer, bajo la sopa o el puré, el dibujo consolador del fondo de los platos: un par de pajaritos sobre una cerca, o

una marmita que colgaba en el hogar de una casa de cuento, diminuta y acogedora, como debían ser todas las casas.

—Habrá que pensar en algo

Esa frase, que sumió a todos en meditaciones, quería decir una sola cosa: se acabó lo que se daba, buscaos algo qué hacer porque esto se termina.

La exasperación de las gaviotas no dejaba dormir esa tarde, todos darían vueltas en las habitaciones recalentadas por el sol, los hombros protestaban por el roce de las sábanas, piel tostada que dolía en las telas almidonadas, que ya no tenían ruido de mesanas al viento, sino un rasgueo de papel, un crujido de hoja seca, blanca, estrujada entre las manos.

Y todos se preguntarían qué había querido decir exactamente la abuela, aunque lo supieran, era de esperar, esto tenía que pasar, y curiosamente parecían pensar que era culpa suya, de la abuela, y no de ellos, que habían vivido allí toda la vida igual que los galgos y los mastines de la verja,

—No os preocupéis que hay para todos

cuando la criada salía con un cubo de sobras y lo ponía en el suelo, acudiendo a las horas de las comidas, sin preguntarse de dónde salía todo aquello, comiendo en círculo y, luego, yéndose a dormir la siesta satisfechos, unos a sus habitaciones y otros a las perreras, o debajo de un árbol, esa era la sola diferencia.

—Habrá que pensar en algo

Todos se miraron de reojo, sin atreverse a decir qué significa eso, qué quieres decir, que vamos a tener que trabajar o algo así...

Un temblor de indignación, de decencia ofendida, cómo puedes hacernos esto, Mamá, cómo has sido capaz de dila-

pidarlo todo en la ruleta (nunca jugaba a la ruleta), o en lo que sea, da igual, cómo has podido, todos se movieron inquietos en sus sillas, como periquitos en el palo de la jaula, y mi abuela les miró, indiferente, y mandó a la cocina a la criada, que se retiró como un testigo de cargo en un juicio, con una inclinación de cabeza.

—No hay más preguntas, señoría

Un jurado de honrados ciudadanos se miraba unos a otros escandalizados, cómo es posible, deberían incapacitarla: prodigalidad, enajenación, ludopatía, y un juez con peluca meneaba la cabeza severamente, mientras mi abuela, en el banquillo de los acusados, sonreía y movía las manos, buscándole las luces a las sortijas de brillantes. Mi padre, el hijo mayor, qué responsabilidad, parecía un fiscal de película, una mirada fija de lechuza a punto de decir algo terrible, definitivo, que haría caer de espaldas a la acusada, pero en lugar de eso solo dijo, con voz de huerfanito.

—Pero ¿qué vamos a hacer ahora?

Y la acusada le miró un momento antes de volver a colocarse el centelleo de esmeraldas en los dedos:

—Podéis probar a manteneros, yo lo he hecho durante cuarenta años, y para lo que lo habéis agradecido...

Un público de comensales se estremecía de horror con la vista sobre los platos, las mujeres, con miradas de compinches, depusieron las armas mezquinas de sus rencillas de hermanas y cuñadas; con los ojos se entendieron: algo se habrá salvado. Como síndicos de la quiebra, con collares de perlas y blusas de lazo, pidieron la palabra suavemente:

—Imelda, algo se podrá vender aún, quizá alquilando los pisos de arriba, para qué tanto espacio, si, fíjate, nosotros ya nos arreglaremos...

La acusada, impertérrita.

—Sí, sí, ved de arreglaros, porque esto no da más de sí.

El fiscal, consternado, se limpiaba los ojos de huerfani-
to con un pañuelo de batista.

Y mi abuela se levantaba de la mesa del comedor, y se perdía por el pasillo, con su traje de Balmain y su repique de tacones, acompañada de dos alguaciles vestidos de crupier con chaleco de rayas y pajarita, que iban abriéndole las puertas con una reverencia mientras nos guiñaban un ojo a todos en el comedor.

La criada volvió y empezó a retirar la mesa, mientras todos hablaban en voz baja y los niños nos escabullíamos sin decir nada, aprovechando la confusión.

II. Imelda

La criada me llevaba con ella a la lonja, yo tropezando en los adoquines salientes y desiguales de la cuesta del puerto, que desfloraban la punta de mis zapatos de tafilete blanco, y atravesábamos

—Se ataja por aquí, se ataja mucho...

un desorden de callejones, de casucas con techo de zinc, regueros de agua por todos lados salpicando mi vestido blanco, y hierba que brotaba en las grietas del suelo, de la pared, en los canalones descolgados a medias, de los que goteaba siempre un agua dudosa. En la lonja me dejaba ir a mirar las cajas recién descargadas, y yo tocaba con un dedo los ojos de los peces, con cuidado de no romperlos, ojos de cristal líquido, que se estropeaban fácilmente. Y mi madre, todo el tiempo:

—Imelda, hija, ¿no tienes más qué hacer que ir a la lonja?

Nada de lo que hacía le parecía adecuado, conveniente, a su altura. Mi marido no iba a ser una excepción.

—Imelda, hija, ¿no has podido encontrar nada mejor?

No, madre, la verdad es que no. Ni soñar con contestarle esa impertinencia. Ella, que el día que mi marido vino a casa por primera vez, se quitó todas sus joyas, se puso el vestido más viejo que encontró en el armario y adoptó un aire absorto de condesa demente que no entendiese nada de lo que pasaba. Mi padre, en la puerta de atrás, como todas las tardes, disparando a los cuervos que manchaban de negro la espuma tierna de los castaños, sin molestarse en entrar a tiempo para saludar al invitado, apareciendo, cuando se cansó de disparar, con el olor a pólvora y a monte pegados a la piel, a la mata gris de su pelo, que parecía arrancada de las brañas y traía consigo la humedad y el perfume de la tierra. Era junio, y los castaños de Indias se estremecían de calor bajo la bruma blanca de sus flores.

—Imelda ¿no has podido encontrar nada mejor?

Eso es lo que decían sus ojos, mirándome de lejos, con un gesto de disgusto distraído, de disgusto por algo que en realidad no es importante. No, madre, no encontré nada mejor, creía que esto era lo mejor, y que viviría feliz aquí,

—Imelda, hija...

unida a esta casa con raíces de hierro, raíces que, como las de los castaños centenarios, navegan por la tierra del jardín, y descienden hasta el mar. Que atraviesan la finca y el cementerio antiguo, levantando losas y cruces de piedra y ángeles de mármol que se tapan los ojos para llorar, y se tambalean empujados por la savia enloquecida de esas raíces